

ANA FORNER

*Encontrándonos*

A CIENTO CINCUENTA  
PULSACIONES  
POR MINUTO, 2



**Ana Forner**

Encontrándonos. A ciento cincuenta  
pulsaciones por minuto, 2

Bilología *A ciento cincuenta pulsaciones por minuto*



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2022

Depósito legal: B. 15.833-2022

ISBN: 978-84-08-26361-6

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

### *Chase*

Llego a la fiesta un poco más tarde de lo que se consideraría correcto, vestido con unos simples pantalones chinos y una camisa, cuando todos llevan traje y corbata, «y es algo que sabía, pero que me ha dado igual», reconozco observando al servicio de *catering*, que ha contratado mi hermana, moverse discretamente por el salón portando bandejas y ofreciendo, con una sonrisa, maravillas culinarias a los invitados que charlan distendidamente entre ellos. Y es como si me hubiera adentrado en mi pasado, a través de algún portal imaginario instalado en la puerta de la entrada, porque solo he necesitado cruzarla para meterme de cabeza en él y fulminar, de un plumazo, estos últimos tres años, porque todo sigue igual a como era, todo menos yo y mis circunstancias.

—Veo que te has pasado el *dress code* por donde has querido —me recrimina Holly, a modo de saludo, acercándose a mí.

—¿Esperabas acaso que lo siguiera? —le pregunto evitando buscarla con la mirada. Y sé que está, porque ella nunca llegaría tarde ni declinaría una invitación como esta, pero todavía no estoy preparado para verla.

—Hubiera sido un detalle por tu parte. Toma, te va a hacer falta —me comenta tendiéndome un vaso de whisky, y lo miro sintiendo cómo se me revuelve el estómago.

—¿No tienes otra cosa? —le pido recrudesciendo el gesto, guardando las manos en los bolsillos de mis pantalones.

—¿Un vino? —me propone, y me limito a asentir con la cabeza mientras observo cómo le hace un discreto gesto a uno de los camareros para que se acerque a nosotros.

—Gracias —acepto haciéndome con una copa cuando llega hasta donde nos encontramos, y, como siempre, acabo de llegar y ya estoy deseando largarme, a pesar de lo mucho que deseo quedarme, y esto último es algo nuevo y no necesito que nadie venga a decirme por qué.

—Te agradezco mucho que hayas venido, a pesar de todo, pero, por favor, no montes ningún espectáculo. Hoy es el día del niño y no quiero que nada lo estropee ni que esta fiesta se convierta en el centro de los próximos chismorreos —me avisa en voz baja.

—¿Y dónde está? El niño, digo —me afano en aclararle, porque hay demasiadas personas a las que podría referirme con esa pregunta.

—Lo lleva el abuelo. Está un poco fastidiado de salud; sé paciente, por favor.

—A ver si lo he entendido: tengo que fingir que todo está bien entre nosotros, que sigo teniendo modales, a pesar de bailar en la calle y vivir en Brooklyn, que no me habéis dado la espalda por seguir con mi vida...

—Chase —me corta a modo de advertencia.

—... y que seguimos siendo una familia unida y feliz —concluyo, y nadie sospecharía, viéndome, que la decepción se ha adueñado de mi voz, porque la sonrisa ha dominado mi rostro todo el tiempo—. Lo tengo claro, hermanita, puedes respirar tranquila y no repetírmelo de nuevo, porque soy paciente, pero tengo mis límites y estoy empezando a hartarme de oírte repetir siempre lo mismo.

—Chase, hijo, qué alegría verte —oigo la voz de mi madre a mi espalda, y me vuelvo para verla acercarse a mí, como hace unas horas he hecho con Noe, solo que su «¡Chase!» ha sonado mucho más sincero que la frase de mi progenitora, al igual que su abrazo, que me ha llenado de calidez por dentro cuando los besos de mi madre me están helando la mejilla.

—Lo mismo digo, mamá. Estás fantástica —la halago sin

dejar de sonreír mientras siento demasiadas miradas puestas sobre nosotros.

—Gracias —me contesta evitando hacer comentario alguno sobre mi atuendo, una provocación, sin lugar a dudas, ante sus ojos—. Hay mucha gente que ha preguntado por ti y me gustaría que la saludaras. Vamos, acompáñame, querido —me pide pasando su mano suavemente por la cara interna de mi brazo para aferrarlo.

—No hace falta que me acompañes, mamá, voy a estar el tiempo suficiente como para verlos y saludarlos a todos —le indico posando mi otra mano sobre la suya, en un gesto que podría interpretarse como cariñoso pero que, al igual que su beso, no provoca nada en mí, ni tampoco en ella.

Y este era mi mundo y hoy no puedo sentirlo más ajeno.

—Si no te importa, prefiero estar presente cuando saludes a ciertas personas. Ya que has decidido venir, vamos a acallar todos los comentarios que han circulado por lo bajo sobre nosotros durante todos estos años —replica sin dejar de sonreír, sin apenas mover los labios.

—Cortesía mía, por supuesto —musito acercando los míos a su oreja, de nuevo un gesto que podría interpretarse como cómplice, cuando dista bastante de la realidad.

Y solo cuando te alejas lo suficiente y tomas distancia eres capaz de ver las cosas con claridad, por muy contradictorio que parezca, porque esta falsedad formaba parte de mi vida de antes y ni siquiera era capaz de detectarlo, o sí, pero me parecía algo normal.

—¿Acaso lo dudas? —inquieta sin soltarme y sin borrar la sonrisa de su cara mientras que yo mantengo la mía inexpresiva ahora, porque pedirme que sonría, aunque sea forzado, es ir demasiado lejos.

«Puto orgullo y putas ganas», maldigo mentalmente, preguntándome qué coño hago aquí cuando mi vida ya está clara y definida y esto lo único que va a conseguir es emborronarlo todo.

—Nunca pondría tu palabra en duda, mamá, pero pensaba que esta fiesta era solo para celebrar la llegada del niño y, mira por dónde, hay más —le digo sintiendo cómo mis pulmones

se vacían de aire al comprobar hacia dónde nos dirigimos. Joder—. Veo que empezamos por el plato fuerte.

—Cállate —me ordena apretándome el brazo mientras yo siento cómo en mi interior se crea un remolino de imágenes... Las comidas en su casa o en cualquier restaurante, nuestras charlas distendidas, los planes que hicimos, sentirlos parte de mi vida, su casa que era como la mía. Los que yo pensé que serían los abuelos de nuestros hijos. Mis exsuegros.

—Thomas, Eleanor —me anticipo a las palabras de mi madre cuando llegamos hasta donde se encuentran—, me alegra veros —los saludo esbozando una sonrisa.

—¡Chase! ¡Qué cambiado estás! —me saluda Eleanor, sin poder ocultar la sorpresa que se ha adueñado de su rostro, para luego acercarse a mí y darme un par de besos.

Y aunque apenas ha durado un segundo, he sido capaz de ver la mirada, cargada de palabras, que han intercambiado ella y mi madre.

—En cambio tú estás tan increíble como siempre —le digo con afecto, porque, por muchas miradas que detecte o por muchos silencios que oiga, no dejan de ser sus padres y las personas que me trataron como a un hijo durante años y porque el cariño que siento por ellos sigue intacto dentro de mí—. Thomas, encantado de verte —prosigo mientras le tiendo la mano, que acepta.

—Lo mismo digo, hijo. Te veo bien —comenta con afabilidad, arrancándome la primera sonrisa sincera de la tarde.

—Gracias. ¿Y tú qué tal estás?

—Si te soy sincero, estaría mejor trabajando —me responde socarrón, ganándose una mirada reprobadora por parte de su mujer y ensanchando mi sonrisa. Y mentiría si dijera que no lo he echado de menos.

—Chase —oigo la voz de Jeff a mi espalda. La voz del que fue mi mejor amigo y la voz del hombre que hoy no es nada para mí. Y aunque no he oído la suya, sé que está a su lado porque su perfume se ha colado en mi interior para darle la mano a todo lo que siento revuelto en mi pecho.

«Y no sabía cómo me sentiría y ahora ya lo sé. Lleno de rabia», asumo volviéndome para encararlo.

—Veo que mi hermana no se ha dejado a nadie —suelto llenando mi voz de desprecio, evitando dirigir la mirada hacia ella porque todavía no estoy listo para verla y mucho menos colgada de su brazo.

—Chase —me llega la advertencia en la voz de mi madre y el silencio sepulcral que parece estar adueñándose de la estancia por momentos.

—Disfruta de la fiesta... *amigo* —mascullo esbozando una dura sonrisa, remarcando, con desdén, esta última palabra y dándole una palmadita en el hombro que sería un puñetazo tras otro si pudiera, para, sin esperar respuesta alguna, largarme en busca de alguien a quien no desee moler a palos.

«Ni siquiera he podido mirarla», reconozco con una profunda inspiración mientras me obligo a caminar como si nada, a sonreír e incluso a detenerme para cruzar unas cuantas palabras con aquellos que en su día formaron parte de mi vida, y me está costando la hostia, pero hay cosas que no se olvidan y que te salen de dentro sin apenas esfuerzo, a pesar del esfuerzo, porque lo llevas grabado en tu ADN; la falsedad, el saber mantener las apariencias para que nadie sepa cómo te sientes, la vida de Instagram trasladada a la vida real porque, mires hacia donde mires, son todo sonrisas y vidas perfectas, como la que tenía yo antes. Luego hay que ver la que tiene cada uno en su casa cuando termina el *show* y se apagan las luces; por eso no me gustan demasiado las redes sociales y la perfección que se muestra a través de ellas, porque no existen las vidas perfectas ni mucho menos las parejas perfectas y al final todo es una farsa que explota cuando uno de ellos se cansa de fingir.

—Chase. —Ella y su voz de nuevo llegándome por la espalda, «como hoy parecen llegarme todas», pienso recrudesciendo el gesto, sintiendo cómo mi corazón se salta un latido sin pedirme permiso—. Chase, para, por favor —me pide aferrando suavemente mi brazo.

Su piel de nuevo sobre la mía. La mía despertando a los recuerdos. Y todo lo que durante años he ido endureciendo resquebrajándose sin que pueda hacer nada para impedirlo.

—¿Qué quieres? —le pregunto volviéndome finalmente



para encararla, atrapando con mi mirada y mi voz toda esa decepción y toda esa rabia que han convivido conmigo desde que me devolvió el anillo y que siento hasta en los huesos, como si hubieran ido calando día tras día, año tras año, sin que yo me diera cuenta, hasta llenarme por completo.

Y ojalá esta rabia y esta decepción que han sido suficientes para mantenerme alejado de ella, durante estos años, lo fueran ahora. Y ojalá esta rabia y esta decepción que han tenido la fuerza necesaria para silenciar mis deseos, durante estos años, la tuvieran ahora. Solo que no lo son. Solo que no la tienen. Y ojalá no tuviera que desearlo, sino que fuera una realidad, solo que, de nuevo, no lo es, porque no estoy imaginándola, sino que la tengo frente a mí; porque no estoy recordando su perfume, sino que lo tengo instalado en mis pulmones, y porque esta vez es de verdad y no un mero recuerdo emborronado con todo lo malo que sentía desbordado en mi pecho.

—¿Podemos hablar a solas? —me pide sin alejar su mano de mi brazo, sin permitir que aleje mi mirada de la suya. Y han pasado tres años y siento que no ha pasado ni un jodido segundo, porque sigue siendo ella, tal y como la recordaba, y porque sigo enamorado de ella, tal y como lo estaba—. Creo que nos debemos una conversación... por favor —insiste ante mi mutismo, y finalmente asiento con la cabeza, porque, por muy cabreado y decepcionado que esté con ella, hay una parte de mí que solo desea que volvamos a estar a solas.

—Vamos a la biblioteca —cedo finalmente, alejando mi mirada de la suya porque necesito aclarar mi cabeza y, sobre todo, coger toda esa rabia y toda esa decepción y colocarlas, de nuevo, en el primer puesto, de donde no tendrían que haberse movido.

Y cómo es la vida, porque ella, que dice no ser el espectáculo, se ha convertido en una parte fundamental del que estamos dando, «porque me juego el cuello a que nuestro nombre ya vibra en los labios de todos los invitados sin que ni siquiera hayamos abandonado este salón», asumo endureciendo el gesto, sintiendo cómo algo dentro de mí reclama la calidez de su mano sobre mi brazo, ahora que la ha retirado.

—Tú dirás —suelto sin variar mi tono, una vez que esta-

mos a solas en esta estancia repleta de libros que mi hermana no ha leído seguro.

Y podría ceder, intentar ponérselo fácil; al fin y al cabo, si estoy aquí es más por ella que por el resto. Solo que no lo hago, supongo que porque esa rabia y esa decepción no han retrocedido tanto como pensaba.

—No sé por dónde empezar —me confiesa en voz baja, mirándome con timidez, mientras yo me limito a guardar las manos en los bolsillos de mis pantalones, al igual que guardo las palabras en el bolsillo de mi pecho—. Te veo bien —prosigue mientras mantengo los labios sellados y la mirada cargada de dureza—. No es lo que crees, Chase, solo nos estamos conociendo de otra forma y porque tú no... no... tú no... —titubea para luego llenar sus pulmones de aire— no has hecho nada —añade finalmente, abriendo su mirada a la mía.

—¿Y qué es lo que quieres que haga exactamente? —le pregunto atrapando a manos llenas toda esa rabia, toda esa decepción, todo el rencor y todo el dolor que he ido guardando en mi pecho, en mi alma y en mis huesos durante todos estos años para dejarlos libres y permitir que llenen mi boca y mi voz. Y tienen un sabor amargo y agrio.

—¿Volver? —musita, sin alejar su mirada de la mía.

—Volver, ¿a dónde? —la presiono adelantando un paso para acercarme a ella—. ¿A ese trabajo que me estaba alcoholizando sin que te dieras cuenta? ¿Es ahí a donde quieres que vuelva? ¿O a donde tengo que volver es a ese grupo de amistades que me dio la espalda en cuanto supo lo que había sucedido? Dime a dónde quieres que vuelva exactamente —sigo presionándola, adelantando otro par de pasos para acercarme más a su cuerpo mientras ella se limita a negar con la cabeza, con la tristeza bañando su rostro. «Y sé a dónde quiere que vuelva, pero también sé que es bastante improbable que lo haga», asumo sintiendo mi pecho contraído por esa misma tristeza que está sintiendo ella.

—Ni siquiera me has mirado antes —afirma bajando la mirada hasta posarla en el suelo.

—Entiende que no me apetezca verte colgada del brazo de ese impresentable. Con el buen gusto que tienes para todo, qué poco acertada has estado en esto.

—Ya te he dicho antes que no es lo que crees —susurra alzando el rostro para mostrarme su mirada húmeda, cristalina y repleta de dolor, y siento cómo algo dentro de mí cede y se afloja. Y no quiero, pero tampoco deseo frenarlo.

—Es verdad, hemos estado tres años sin vernos y lo primero que me has dicho ha sido eso —le recrimino bajando el tono de voz, sintiendo cómo algo cambia entre nosotros para tornarse más íntimo, más como éramos—. ¿Qué es lo que quieres, Stefany? —le pregunto atrapando su mirada de nuevo, apretando mis puños a ambos lados del cuerpo para no alzar la mano y acariciar su mejilla.

—Es difícil saber lo que quieres cuando dejas a alguien queriéndolo. Sé que tengo que olvidarme de ti y seguir con mi vida, pero no puedo hacerlo —me confiesa mirándome directamente a los ojos, sin dobleces, sin ocultarse detrás de nadie, solo ella y lo que está sintiendo—. Te echo de menos, Chase, y no hay un solo día en el que no piense en ti —me dice posando su mano en mi pecho y bajando su mirada hasta ella, y dejo de respirar, durante unos segundos, porque yo tampoco he podido olvidarla, a pesar de todo.

—Pues lo has disimulado bastante bien —replico apretando la mandíbula, más los puños y, todo lo que puedo, el corazón para no hacer nada de lo que pueda arrepentirme luego.

—Ya lo sé —susurra dando un paso hacia mí para luego apoyar su frente en mi pecho, junto a su mano, y cierro los ojos, llenando mis pulmones de aire, porque, si pedirme que sonriera era excederse demasiado, pedirme que no rodee su cintura con mis brazos o que no la pegue más a mi cuerpo es ir demasiado lejos.

—¿Quieres decir algo más? —inquiero sintiendo mi piel reaccionar ante la suya, mi sangre aumentar su temperatura ante su cercanía y mis manos llenarse de ganas por tocarla, por hundirse en su pelo, por acercarla a mí.

—Quiero decir muchas cosas, pero tú no quieres escucharlas —afirma alzando su mirada para posarla en la mía y, sin poder evitarlo, deslizo la mía hasta llegar a sus labios entreabiertos, donde la detengo.

Y por supuesto que es difícil saber lo que quieres cuando

dejas queriendo, porque sigo cabreado, decepcionado y lleno de rabia, pero también quiero abrazarla, besarla y sentir de nuevo nuestros cuerpos encajados. Quiero sentirla, atrapar su pelo, sus labios y cargarme estos últimos tres años que me han mantenido alejado de ella.

—Hace tres años que no me ves, no sabes lo que quiero —le rebato con sequedad, disfrazando de indiferencia este deseo que siento enroscado en mi vientre, mi pecho y mi sangre.

—Llevas el pelo con un corte distinto, no te has afeitado y vas vestido como si quisieras retar a todos —me dice retrocediendo los pasos que debería haber retrocedido yo en lugar de quedarme clavado en mi sitio—. Quieres dejarnos claro que no tienes intención de volver y que este es el Chase que eres ahora, el que baila en la calle y el que quiere montar una escuela de baile, por supuesto que sé lo que quieres —añade sorprendiéndome—. ¿Te confieso una cosa? Estoy muy orgullosa de ti, y todo lo que yo pensaba que importaba, no importa en absoluto porque sigues siendo tú, el hombre del que me enamoré.

—¿Cómo sabes lo de la escuela? —le pregunto intentando que su «estoy muy orgullosa de ti» y su «lo que yo pensaba que importaba, no importa en absoluto porque sigues siendo tú» no hagan nido en mi pecho, porque fueron justo esas palabras las que nos separaron.

—Porque yo no te he olvidado, aunque esté conociendo a Jeff de otra forma. Porque sigo echándote de menos, aunque no haya ido a buscarte. Y porque eres el hombre con el que iba a casarme. Tú elegiste y yo también lo hice, pero a veces me pregunto si elegimos bien —susurra con la tristeza y el dolor adueñándose de cada una de sus palabras. Y dominan sus palabras, pero también mi pecho.

—Fuiste tú quien me devolvió el anillo —le recuerdo sintiendo cómo esa misma tristeza y ese mismo dolor se sueltan de mi voz.

—Y fuiste tú quien lo dejó en esa banqueta y el que se marchó esa misma noche. Tú también elegiste, y has seguido haciéndolo durante estos años.

Y durante un buen puñado de segundos nos sostenemos la mirada. Y durante un buen puñado de segundos, en mi mente,

me veo adelantando los pasos que no adelanté ese día para acercarme a ella y abrazarla con fuerza de una jodida vez. Me veo besándola y diciéndole cuánto la he echado de menos. Me veo acariciando su piel, prometiéndole que encontraremos la manera. Me veo desnudándola, despacio, sin dejar de besarla. Me veo adentrándome en su cuerpo mientras le susurro lo mucho que la quiero. Solo que no hago nada de eso y, tal y como hice ese día, me mantengo en mi sitio, lejos de ella.

—Me queda claro. Que te vaya bien, Chase —me dice con la voz rota, y me hago a un lado para facilitarle la salida.

«Y yo también estoy roto, solo que no se ha dado cuenta», asumo llevándome las manos a la cabeza una vez que me quedo solo. Joder, estoy hecho un puto lío, porque sigo enamorado de ella pero hay algo que me impide dar el paso. «Puede que sea porque la decepción sigue pesando más que todo, porque ahora está con Jeff y eso le da más peso a esa decepción, o porque estar con ella significa regresar a esta vida que aborrezco y en la que me siento atado de pies y manos», reconozco cabeceando, sintiéndome de repente hueco, vacío ahora que se ha largado.

«Le he preguntado qué quiere cuando ni siquiera yo lo tengo claro», me recrimino respirando con fuerza, volviéndome cuando oigo la puerta abrirse.

«No me jodas, el que me faltaba ahora», pienso con desprecio.